



EL PEOR VIAJE DE MI VIDA ALBERT GUINOVART

En busca del pasaporte perdido



El compositor y pianista Albert Guinovart, autor de musicales como 'Mar i Cel' y 'Gaudí' // EFE

▶ Tras interpretar a Rachmaninov en el Auditorio Nacional, el pianista y compositor estrena dos sinfonías este año

PEP GORGORI



El pianista y compositor Albert Guinovart tiene fama de ser un trozo de pan. Algo de verdad habrá en ello, porque al preguntarle por el peor viaje de su vida, lo primero que responde es: «Es que yo las cosas malas las olvido muy rápido». Y añade: «En realidad las buenas también, bastante, pero sobre todo las malas». «A lo mejor tendríamos que dejar la contraportada a alguien que valga más la pena, o que al menos se acuerde de algo», me dice.

Desde luego, por falta de viajes, en su caso, no será: durante cinco años fue el pianista de la soprano Victoria de los Ángeles, y la acompañó en giras por todo el planeta. Desde entonces, él ha seguido su carrera como compositor y como pianista. Antes de Navidad debutó en el Carnegie Hall de Nueva York, y la semana pasada interpretó dos días consecutivos el Segundo concierto para piano de Rachmaninov en el Auditorio Nacional. Así que, hurgando un poco en la mala memoria de una persona capaz de tocar sin partitura un Rachmaninov, acabamos encontrando algo. Sí, aquella vez que se iba a dar una serie de conciertos a Australia como solista con el director Josep Pons y una orquesta el día de Reyes, y que casi se queda sin pasaporte, sin vuelo, sin gira y obligando a una sinfónica entera a cambiar los planes. No está mal del todo. «Por una cuestión administrativa, o por lo que sea, para ir a Australia había que mandar los pasaportes de Barcelona a Madrid, para que pusieran el visado», me cuenta. El caso es que él y su acompañante habían enviado los pasaportes tal como les habían pedido, pero... navidades, ya se sabe. Los días fueron pasando y así es como llegaron al día 5 de enero, que además caía en domingo, sin tener ni el pasaporte ni los visados ni nada. Al parecer, se puede sufrir pánico escénico incluso estando a varios miles de kilómetros del escenario en cuestión. «No veíamos posibilidad de coger el vuelo el día 6», recuerda. Y entonces, empezaron a llamar -en una época en que no había móviles- a cuanta persona se les ocurrió que les

podía ayudar. Así es como averiguaron que los pasaportes ya habían salido con su sello de la Embajada, y que en realidad estaban en Cataluña, en la agencia de viajes que organizaba el desplazamiento. Una información interesante, pero recordemos: era domingo, y el vuelo salía al día siguiente, seis de enero. Reyes. Festivo.

Se plantaron en la agencia de viajes, que como era previsible estaba cerrada. Pero «entonces, por casualidad, vimos que la alarma de seguridad de la tienda era de la misma empresa que teníamos nosotros en casa», así que decidieron probar suerte. Y sí, después de todas las pesquisas, «la empresa de seguridad localizó al responsable de la agencia», que les abrió la puerta, les dio el pasaporte -literalmente- y pudieron volar. «Y luego, claro, me olvidé del tema, porque los conciertos y el viaje fueron fabulosos».

Sin quererlo, nos ha abierto una ventana a un aspecto de la vida del músico que a menudo pasamos por alto: las muchísimas horas de vuelo, con sus nervios, sus esperas y sus imprevistos. «Recuerdo un concierto que tenía con Victoria de los Ángeles en Perú. Yo salía de Barcelona, y ella iba desde Estados Unidos, y cancelaron mi vuelo». En aquella ocasión, fue suficiente con encontrar otro al día siguiente: «Con Victoria siempre íbamos con bastante margen de tiempo». Otra vez, «ella tuvo que ir a sustituir a alguna otra cantante a San Francisco, y fue todo tan rápido que no teníamos tiempo ni de tramitar el visado ni nada de nada». No hubo más remedio que tirar de contactos. «Pasamos por la entrada de los diplomáticos».

«A lo mejor tendríamos que dejar la contraportada a alguien que valga más la pena»

Una experiencia de las que no se olvidan: ir por el aeropuerto sin tener que estar enseñando el neceser ni haciendo colas. Un lujo al alcance de pocos, porque «ya sabes, por más Victoria de los Ángeles que seas, esto de los controles y las fronteras siempre es un rollo». Guinovart sigue viajando, pero un poco menos. Este 2024 va a ser el año de las sinfonías. Hasta ahora había creado musicales, sintonías para televisión, conciertos para piano y orquesta, obras para piano solo, cantatas, oratorios y hasta una misa de Réquiem, pero en la sinfonía no había entrado, y en los próximos meses va a estrenar dos. Una, dedicada a la memoria de Victoria de los Ángeles y escrita expresamente para la soprano Ermonea Jaho. La otra, para la Banda Municipal de Barcelona. En el Auditorio Miguel Delibes de Valladolid, Emmanuel Pahud estrenará su concierto para flauta y orquesta.

BALA PERDIDA



ÁNGEL ANTONIO HERRERA

Más Platón y menos porno

Este mal no se extingue prohibiendo al menor ese género sexual, sino fomentando la información

Lo de echarle un cerrojo al porno, ante los menores, en internet, me parece buena iniciativa. Y discúlpenme ustedes este arranque desde la obviedad. Pero es iniciativa corta. Ya sabemos que el Gobierno quiere que, antes del verano, exista esa aplicación prodigiosa que avale sin apelación la edad de quien accede al porno. Será semejante al certificado digital que ya se usa para comunicarnos con la Agencia Tributaria, o la Administración. Pues muy bien. Lo que pasa es que, con este invento, no estamos extirpando el mal, ante una infancia, o una adolescencia, que vive dentro de un móvil, y que si mira la tele igual ve una serial de ametralladoras, como si acudiera a un 'Sálvame' de la violencia, que es y no es porno, según lo pensemos. Este mal, el de ver porno en un móvil, bajo las mismas facilidades básicas con las que se pesca una canción de Paco de Lucía, no se extingue prohibiendo al menor ese género sexual, sino fomentando en la chavalería la información, y la formación, que lleva a preferir a Paco de Lucía antes que a una gigante sin corsé en Onlyfans. La sabiduría es salud, y contra ella no puede la mejor web del fornicio, que sospecho que será la peor. Quiero decir que le vamos a poner un aplauso a la prohibición para menores de asomarse a una orgía en el iPhone, pero ahí no acaba el problema sino que ahí empieza, porque en el móvil ya vive el mundo, y el mundo no es noble ni bueno ni sagrado, según el diagnóstico del filósofo, y aún menos si depende del delirio digital con que nos manejamos a diario. Que sí depende. No voy a recaer aquí en el tópico cierto de que la prohibición excita la curiosidad, pero sí conviene reparar un momento en que prohibir, con certificado digital o sin él, no incluye inequívocamente un remedio sino un auxilio, más bien. No es el porno el mal primero, sino la infinitud diabólica que regala una existencia digital, que es en la que hoy braceamos, adultos y menores. Para todos, más Platón y menos porno.*